

20 juin 2011

<http://caminodesantiago.canalblog.com/>

Bruselas, nuestra Jerusalén



Un año después de las elecciones de junio de 2010, Bélgica continúa en manos del mismo Gobierno que mandaban cambiar. El triunfo electoral -nacionalistas en Flandes, socialistas en Valonia- ha puesto al país en una situación inextricable. Las negociaciones se empantanar y los sondeos confirman que si las elecciones se repitiesen hoy la votación de los ganadores del 2010 aumentaría. Si no hay solución es porque no hay problema, se oye decir: el desinterés de la plebe por el embrollo en que se han sumido los tribunos es patente.

Philippe Van Parijs, que enseña ética económica y social en la Universidad de Lovaina publicó hace unos días **esta tribuna en Le Soir**. La traduzco porque delimita el problema y lo proyecta más allá de su frontera:

Hace un año ya que Bélgica votó y sigue sin Gobierno. ¿Por qué? Fundamentalmente, porque Bélgica no ha conseguido constituirse como nación lingüísticamente unificada, como Francia, y porque los vencedores de las últimas elecciones, los nacionalistas flamencos de la NVA, adhieren al credo republicano francés: sin nación no puede haber democracia próspera ni solidaridad interpersonal viable, y no hay nación sin lengua común.

Bélgica, sin embargo, lo ha intentado. Hasta 1898, el francés era su única lengua oficial. Unida a la erradicación de las hablas flamencas y valonas, su difusión a través de la educación y de la conscripción era parte del proyecto de construcción nacional tanto en Bélgica como en Francia. Pero el movimiento flamenco sabotó ese proyecto. Obteniendo el mismo respeto formal por el neerlandés que por el francés, primero, asegurando su protección en el norte del país, en seguida y, finalmente, desarrollando una educación en neerlandés eficiente y un conjunto dinámico de medios de prensa a los que la población flamenca debe hoy lo esencial de su información y de su cultura.

El resultado es una ruptura lingüística cada vez más profunda. Si bien el francés sigue siendo enseñado en todas las escuelas flamencas, el manejo del francés en la elite flamenca se

deteriora de año en año y es actualmente inferior a su dominio del inglés. Además, siendo como son 50% más numerosos y 15% más ricos que los francófonos, los flamencos se preguntan, lógicamente, por qué tendrían que ser ellos quienes se esfuercen por hablar la lengua de la minoría, y no lo contrario. Por parte de los francófonos, el esfuerzo por aprender el neerlandés se intensifica pero sigue siendo modesto. En Valonia, los alumnos sólo aprenden neerlandés durante la secundaria, la mitad de entre ellos como tercera lengua, después del inglés, y algunos no lo aprenden en absoluto. Sólo 14% de los valones afirma poder hablar suficientemente neerlandés, en comparación con el 51% de los flamencos que lo hacen con el francés.

A falta de lengua común, la nación belga parece una quimera, el pueblo belga una ficción y la Bélgica del presente una flagrante infracción al cuerpo doctrinal que comparten republicanos franceses y nacionalistas flamencos: un vestigio anacrónico del Imperio plurilingüe de los Habsburgo, un error histórico que se evaporará, un monstruo que debería sentirse culpable de existir.

Y, sin embargo, Bélgica sobrevivirá. No se romperá ciertamente en dos, ni siquiera en tres. Porque ni Flandes ni Valonia pueden llevarse consigo Bruselas ni quieren irse sin Bruselas.

Bruselas, en efecto, es un poco nuestra Jerusalén. Felizmente para nosotros ni Salomón, ni Jesús, ni Mahoma recorrieron sus calles y son pocos los que estarían dispuestos a dar su vida

por reconquistar la que después de todo no es más que la ciudad de Manneken Pis. Con todo, Bruselas es una ciudad símbolo frente a la cual cada una de nuestras etnias pretende tener un derecho sagrado: los flamencos porque la ciudad está en el corazón de su tierra y porque es su lengua la que el pueblo de Bruselas ha hablado por siglos, los Valones porque es en francés que Bruselas se convirtió en capital y porque es el francés la lengua hoy por hoy más hablada por los bruselenses. Abandonar Bruselas sería, por lo tanto, para unos y otros una insoportable humillación. Además, Bruselas es más que Jerusalén. Porque un tercio del PIB belga se produce sobre el 2% del territorio nacional ocupado por la gran Bruselas: la región de Bruselas propiamente tal y sus tentáculos en los dos Brabantes, flamenco y valón.

Por esas dos razones, Belgica no se separará. Tanto mejor. El Estado belga no es más que un instrumento que puede desaparecer por falta de uso. Pero la Región de Bruselas no se extenderá jamás a su hinterland y Bélgica continuará siendo, a causa de eso, esencial para asegurar una administración mínimamente eficaz -tanto del transporte como de la imposición- de una metrópolis repartida entre tres regiones. O, cuando menos, continuará existiendo mientras Europa no sea capaz de asumir el relevo, en particular en lo que se refiere a la función redistributiva que hoy le incumbe al Estado belga.

Estamos lejos de eso y lo seguiremos estando mientras la propia Bélgica no haya demostrado cómo una democracia sana y una solidaridad fuerte pueden lograrse en ausencia de una nación.

No hay razón, así, para que nuestra no-nación se sienta culpable de existir. Y sí hay todas las razones para que intente rendir servicio a Europa innovando y experimentando reformas en profundidad: cuatro regiones de tamaño muy desigual con competencias ampliadas; una lengua pública diferente (neerlandés, francés, alemán) en tres de ellas y un régimen trilingüe (francés, neerlandés, inglés) para la región de la capital; una base federal simple y sólida que asegure lo esencial de la solidaridad entre las personas; y un sistema electoral que convierta a quienes quieran gobernar la federación sancionables por el conjunto de la población.

Ni culpable ni dividible, Bélgica hace frente a un tarea difícil pero importante. La crisis actual debe empujarla a la acción. ¿Lo logrará? Dependerá de la valentía y de la inteligencia de quienes conduzcan la maniobra y, en particular, de su aptitud para reconocer que si la democracia y la solidaridad son menos arduas en el seno de un Estado-nación, siguen siendo necesarias y lo serán más aun en el seno de entidades que no lo son ni lo serán jamás.

Imagen: Plaza mayor de Bruselas, óleo de Jacques Carabain

*Posté par Josepepe à 10:01 - Commentaires [2]
Tags : [Bélgica](#), [Jacques Carabain](#), [Philippe Van Parijs](#)*